



OTOMIES Y NAHUAS EN LAS DOCTRINAS AGUSTINAS DE LA SIERRA ALTA DURANTE EL SIGLO XVI

Víctor M. Ballesteros García

Centro de Investigación sobre el Estado de Hidalgo, Universidad Autónoma de Hidalgo
Abasolo # 600, CP 42000, Pachuca Hidalgo

RESUMEN

La evangelización de la Huasteca y Sierra Alta del Estado de Hidalgo estuvo en manos de la orden de San Agustín, quienes adoctrinaron y culturizaron a los indígenas otomíes y nahuas de la región.

Muchas de las costumbres que los frailes implantaron en estas comunidades, han permanecido desde el siglo XVI hasta nuestros días. Este estudio muestra la supervivencia de antiguos ritos establecidos por los agustinos en estos pueblos.

ABSTRACT

The order of Saint Agustin brought the Gospel to the indians of la Huasteca an Sierra Alta, in the mexican state of Hidalgo. The Gospel wal also a way to give to the indians cultural patterns of the hispanic civilization.

Many of the habits introduced by the friars in these communities survive since the sixteenth century till our days. The current research shows how ancient rites established by the Agustinians, survive still among the otomies and nahuas indians in our time.

INTRODUCCIÓN

No es sencillo hacer la reconstrucción de la vida cotidiana de un grupo social a más de cuatro siglos y medio de distancia y además en el momento en que se encontraba en proceso de cambio. Ese es el caso de los otomíes y nahuas que vivieron en las doctrinas agustinas a partir de la cuarta década del siglo XVI. Para encaminar nuestro intento comenzaremos por indicar los límites espaciales y las fuentes en que nos hemos de apoyar, así como el método de análisis.

A partir de 1536 los agustinos dirigieron sus misiones hacia la región central del actual Estado de Hidalgo, comenzaron a predicar en las planicies de Atotonilco el Grande y la escarpada Sierra Alta y luego por las llanuras del Mezquital y el noreste del Valle de México. Al finalizar el siglo de la conquista sus fundaciones cubrían una gran parte de lo que hoy es Hidalgo y pequeñas zonas de las entidades circunvecinas como Puebla, San Luis Potosí y Veracruz. Dentro de

ese territorio, una comarca que les representó especial dificultad fue la Sierra Alta, zona a la que se refiere este trabajo. Las etnias que ahí habitaban eran hablantes de una variedad arcaica del náhuatl y en menor número del otomí (1).

De manera esquemática podemos decir que la vida cotidiana de un grupo social está condicionada por el medio geográfico, y la manera como el grupo social le hace frente, es decir, por la cultura que ha desarrollado. Es necesario conocer la manera cómo el grupo obtiene sus satisfactores básicos (la economía y la tecnología), y su peculiar manera de organización social (la política y la religión), de manera que apuntando brevemente tales aspectos podremos esbozar la cotidianidad de los habitantes de esta zona en el siglo XVI.

Los agustinos son explícitos al describir su conquista espiritual en estos pueblos, y por eso podemos aprovechar sus escritos como fuente para tratar de reconstruir la vida religiosa. Breves

datos sobre la economía y la demografía en cada zona se encuentran en las relaciones geográficas. Una fuente más sería la obra material de los agustinos, que en algunos aspectos, también deja traslucir pálidamente la vida cotidiana de los feligreses.

LLEGADA DE LOS PRIMEROS FRAILES

Los primeros agustinos que llegaron a la Sierra Alta, en 1536, fueron fray Juan de Sevilla y fray Antonio de Roa. La empresa resultó superior a sus fuerzas, por lo abrupto y extenso del terreno y por desconocer la lengua de los naturales, de forma que pasaron un año "sin hacer fruto". Los naturales estaban tan poco acostumbrados al contacto con forasteros, que huían apenas veían a los frailes, y éstos no encontraron grandes pueblos donde predicar.

"Estaba esta tierra llena de gente... [pero] sin tener poblazón alguna, ni más casas para su vivienda que las cavernas y riscos con que se abrigaban, haciendo cuando más y mejor unas sombras de fagina que apenas los defendían de las inclemencias grandes de aquel cielo" (2).

Los misioneros intentaron cambiar radical y prontamente la vida de los indios. La cultura de estas tierras fue tan extraña a la de los evangelizadores, que en algunos aspectos no le reconocieron ni pizca de bondad. A pesar de los elogios a las virtudes de los indígenas, Grijalva, deja escapar las siguientes frases en que se mira su asombro ante las culturas vernáculas, pues dice que los religiosos de las tres órdenes mendicantes:

"...les enseñaron [a los indios] también las costumbres morales y políticas: en fin todo aquello que es necesario para la vida humana; porque la gente estaba tan inculta, que ni comer sabía, ni vestirse, ni hablarse a lo menos con cortesía y humanidad" (3).

ASPECTOS DEMOGRÁFICOS

La zona que estamos estudiando abarca lo que fue el señorío independiente de Metztlán, que después de la conquista se siguió considerando como una unidad, la llamada "provincia de

Metztlán". En la *Suma de visitas* (c. 1548) se registraron dentro de la jurisdicción de Metztlán 18 estancias en el valle y 23 en la sierra. En ellas había 1,342 casas con 6,308 hombres casados con sus familias (4). Metztlán entonces comprendía la mayor parte de los poblados de la comarca, en una extensión de 14 leguas de largo y otras tantas de ancho (5), esto representa unos 3,373 kilómetros cuadrados. Si nos atenemos a este dato estamos hablando de la actual extensión de 11 municipios que hoy día conforman una región geoeconómica homogénea que abarca el 15.28% del territorio del Estado de Hidalgo (6).

Las noticias sobre la cantidad de gente que encontraron los misioneros y conquistadores en la Sierra entran a veces en contradicción con otras evidencias históricas. Ya mencionamos lo dicho por Grijalva sobre la cantidad de gente de la comarca. También Torquemada se refiere a: *"...Metztlán [que] está a la [parte] del norte, con otros señoríos y pueblos grandísimos, hasta dar a la provincia de Pánuco, llamada por otro nombre Huasteca..."* (7). Y en otra parte de su crónica dice: *"...las provincias de Metztlán y Tototepec que eran de grandísimo gentío..."* (8). En ese mismo sentido se expresan Ixtlilxóchitl y Tezozómoc (9).

Si intentamos corroborar las opiniones anteriores nos encontramos con elementos que hay que tomar en cuenta en un análisis demográfico. Uno es la dispersión poblacional provocada por la topografía del terreno. El mismo Torquemada anotó que:

"...en algunas provincias y regiones tenían estos dichos naturales a trechos, como a manera de barrios... esparcidos y derramados... Este modo de poblar se ha hallado en los reinos de Guatemala y provincias totonacas y metztitecas, que caen en las serranías de la Mar del Norte..." (10).

Por ejemplo, Tlanchinol estaba dividido a su vez en pequeños poblados *"porque la fragosidad de la sierra... no permite hacer mayores congregaciones..."*, según decía un documento de 1570 (11). Las planicies comienzan cuando se desciende a la Huasteca.

Las autoridades civiles y los frailes vieron la necesidad de congregar a los indios, así se les

podría adoctrinar, vigilar y corregir (además, claro está, de organizarlos para el trabajo y el cobro del tributo). Un primer intento se realizó en la década de 1560 y luego en 1593 y 1599. En 1571 ya había dado algún resultado. Metztlán y sus sujetos tenían 6,980 casas repartidas en 74 pueblos pequeños. Sin embargo, esa concentración tenía sus peculiaridades, pues en la cabecera había 1,738 casas, y 4,649 indios de confesión, pero la topografía del sitio y seguramente la resistencia de los naturales a cambiar su patrón de asentamiento hizo que la población estuviera repartida en barrios, algunos de los cuales se decía, "*están media lengua de la iglesia, por no haber sitio donde se puedan juntar*" (12).

Cuantificar la población con los datos que tenemos no es sencillo. Lo más que podemos hacer es comparar los datos disponibles con los de regiones vecinas para establecer cuál era su densidad. Con las cifras que proporcionan la *Suma de visitas* y los cálculos de Cook y Borah (relativos 1568), hemos establecido la siguiente comparación. Todas las regiones a que nos referimos están ubicadas en el Estado de Hidalgo y se ilustran en la Figura 1:

Región	Número de habitantes (13)	Extensión (14) (Km ²)	Densidad (h/Km ²)
Sureste	43,176	1,554.7	27.8
Suroeste	119,523	2,913.8	33.2
Sierra	45,276	3,207.2	14.1
Huasteca	4,360	1,534.2	2.8

Estas someras estimaciones demuestran que en realidad la Sierra estaba poco poblada durante la segunda mitad del siglo XVI, además de que su población decrecería para finales de la misma centuria. A pesar de que algunas epidemias no fueron muy severas en la provincia, pues la *Relación de Metztlán* de 1579 asegura que "*...aunq[ue] ha habido pestecillas, ha sido Dios servido de q[ue], en estas partes, no haya alcanzado sino muy livianam[en]te*" (15).

LA ECONOMÍA Y LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA

Cambiar el patrón de asentamiento implicaba también modificar la organización económica. La

agricultura basada, en el sistema de tumba y quema (que opera hasta el siglo XX), requería del movimiento periódico de los agricultores tras la parcela que va destruyendo el bosque. La agricultura de subsistencia se basaba en el maíz, frijol, calabaza y chíca, además del algodón que explotaban en mayor escala y, por supuesto, el maguey de pulque. Las cosechas, dependiendo de la zona, podían ser hasta tres al año. La introducción de nuevos cultivos y de una agricultura intensiva subvertiría el modo de vida de los indios. Aunque entre 1535 y 1550 ya se cultivaba morera y trigo en Metztlán, éste último no se dio en la sierra (16). El cultivo de la vid no fue acogido con buenos ojos por parte de los indígenas de quienes se decía: "*no acuden ni gustan de este género [de fruta]*" (17). El acaudalado Alonso de Villaseca comenzó a plantar una viña hacia 1560, pero entonces el agustino fray Nicolás de Witte "*la hizo descepar diciendo que era mucho daño y vejación para los naturales*" (18). Lo mismo hizo este inquieto agustino con los sembrados de morera que se introdujeron en la región (19).

La pesca fue otra actividad desarrollada en los pequeños ríos de la Sierra y en la laguna de Metztlán (20). La cacería de aves y animales además de alimento les proporcionaba pieles. La recolección de plantas y frutos silvestres era el complemento para satisfacer sus necesidades (21).

El comercio se daba fundamentalmente por trueque, aunque la sal que era "*la principal contratación que había en esa Sierra*" hacia 1579, también servía de moneda menuda para las cosas que compraban los naturales (22). Otro tipo de moneda eran las mantillas de algodón. A diferencia del resto del país, el cacao no se usaba como valor de cambio en la provincia de Metztlán (23).

Los comerciantes que recorrían la sierra no sólo proveían de mercancías sino además de noticias del exterior. En el siglo XIX se les llamaba molangueros (seguramente por el pueblo de Molango). Algunos fueron portavoces del movimiento de independencia y se llegó a prohibir su tránsito en ese entonces.

Una economía prácticamente de subsistencia desarrollaría sólo una tecnología incipiente, que no cambió radicalmente en la época colonial, la



Figura 1. Mapa del Estado de Hidalgo. La población que tuvieron estas cuatro regiones en el siglo XVI se cuantificó de manera aproximada.

coa o bastón plantador siguió usándose a mediados del siglo XVI. Gabriel de Chávez escribió en 1579 que: "*Del tiempo antiguo, al presente, las moradas [esto es las casas] han sido y son de una misma manera: altas del suelo algunas gradas [y] la cobertura es de paja...*" (24). La industria se limitaba a la manufactura de artesanías: cestería, madera y barro.

Muy pocos pudieron ser los nuevos objetos presentes en la vida cotidiana de los habitantes de la sierra. Los materiales siguieron siendo fundamentalmente madera, arcilla, piedra, fibras vegetales (duras y de algodón) y pieles de animal. Los metales debieron ser caros y escasos. Las mercancías alóctonas se adquirían a través de los comerciantes trashumantes que recorrían los pueblos de la sierra desde el siglo XVI y hasta mediados del XX.

Se habían dado en encomienda los pueblos de Metztlán, Chichicastla, Tianguistengo, Tlanchinol, Molango, Malila y Xochicoatlán, los tres últimos los poseía la corona. El primer corregidor se asentó en Molango y Malila, luego pasó a ser alcalde mayor con sede en Metztlán, administrando de esta forma muchos corregimientos de la vasta provincia (25).

LA RELIGIÓN

Los frailes centraron su atención en los sitios más poblados que fueron los que, teniendo planicies, facilitaban la agricultura y, si además poseían embalses, permitían la pesca. Por eso eligieron Metztlán y Molango las dos poblaciones más importantes de la Sierra en ese momento. La cristianización de los serranos requería de que estuvieran reunidos en pueblos, de lo contrario permanecerían, como en su gentilidad, "*en manos del demonio*." Los montes y serranías, la vida seminómada, se identificaban con los dominios del diablo, en oposición a los pueblos donde vivían los fieles cristianos. Por eso en una crónica se relata que, el demonio envió a los indios un recado por medio de sus sacerdotes, diciendo que si no abandonaban los pueblos les enviaría muchas enfermedades de que todos muriesen, que les talaría sus sementeras y les quitaría la lluvia. Los frailes tranquilizaron a los indios, hicieron una procesión y se dice que llovió de forma abundante y sin los rayos que siempre había (26).

La densidad de población tan baja orientó las acciones evangelizadoras de los agustinos. La construcción de grandes conjuntos conventuales resultó imposible, y la solución fue la edificación de pequeñas iglesias, pequeñas capillas y las originales capillas abiertas aisladas. La magnitud de los edificios conventuales va disminuyendo conforme se alejan del centro del país. En seguida presentamos una aproximación gruesa, considerando sólo la superficie que ocupa el núcleo principal formado por la iglesia y el convento:

Edificio	Metros cuadrados
Actopan	4,554
Atotonilco el Grande	4,096
Metztlán	3,445
Molango	2,025
Huejutla	1,814

El cambio de vida rural a vida urbana (o por mejor decir *cuasi urbana*), implicaba una brusca alteración en la cotidianeidad de los naturales, y si la noble finalidad era protegerlos del demonio había entonces que acercarlos vehementemente a Dios. Los frailes dedicaban a la catequesis toda su energía, no había día en que no reunieran a los indios para cantar o para acudir al catecismo. Señala Ricard que los aztecas tenían día a día ceremonias religiosas interminables, y los misioneros para que no echaran de menos esa costumbre, multiplicaban las ceremonias, instituyendo representaciones edificantes (27).

Grijaiva dice que diariamente se juntaban los muchachos varones de los pueblos, y cantaban una oración saludando a la Virgen, y luego cuatro oraciones por las ánimas del Purgatorio (28). La doctrina, que se enseñaba en los atrios de las iglesias, empleaba dos horas por la mañana y dos por la tarde, pero después de algunos años se adoptó sólo la sesión matutina (29).

En algunos pueblos de la provincia los indios se reunían todas las noches y al alba en las esquinas de las calles, donde tenían una cruz por cada barrio, para rezar algunas oraciones y algunos himnos traducidos a su lengua. Los días de fiesta, se juntaban al pie de esa cruz para iniciar una procesión hacia el templo. Esa costumbre, instituida entre 1536 y 1542, se conservaba hasta principios del siglo XVII, especialmente en las "*dos sierras*" (esto es la de Hidalgo y la del norte de Puebla) (30).

Los domingos y fiestas de guardar se reunía el pueblo en el atrio, una o dos horas antes de comenzar la misa. Asistían también el gobernador, el fiscal, y algunos alguaciles de los barrios de indios. Un fraile hacía un recuento de los indios para castigar a los ausentes que no tuvieran una justificación.

Otra práctica común dentro de la catequización era la organización de procesiones en los atrios, costumbre que se perdió, pero que podemos conocer por la presencia de las capillas posas como en Metztlán, Molango y otras iglesias menores.

Las procesiones que se celebraban en el convento de la cabecera en pascua y días principales eran admirables, porque de los pueblos de visita traían sus imágenes en andas y en medio de música y estandartes (31). Los agustinos fundaron en todos sus conventos cofradías de ánimas, de Nuestra Señora, de las llamadas "de sangre", o sea de disciplinantes, que organizaban sus procesiones de cuaresma con sus pasos y estandartes (32).

Los frailes muchas veces hacían intervenir a los indios en prácticas que la orden tenía como costumbre, enseñaron a sus feligreses el canto del *Te Deum Laudemus* (33), y según dice Grijalva:

"Todos los viernes del año conforme a la costumbre de nuestra Religión, cantan después de vísperas [al atardecer] la Benedicta, a que acude todo el pueblo..." (34).

Administraban el bautismo cuatro veces al año, la confesión era continua y los indios acudían asiduamente pues "no se vaciaban las porterías todo el día de gente que se confesaba" (35). Sin embargo, un impedimento para bautizar fue la poligamia imperante entre cierto estrato social indígena; ya que las religiones prehispánicas no tenían un carácter fundamentalmente moralizante, los frailes debían inculcar conceptos nuevos para los indios. Por ejemplo, para explicar el concepto de pecado y sus consecuencias, los frailes se valieron de pinturas como las de la capilla de Santa María Xoxoteco, donde aparece el destino final de justos y pecadores (Figura 2).

La labor de aculturación de los agustinos fue muy amplia. Ricard consigna que en el arte de fundar pueblos y civilizarlos (a la manera

europea) los agustinos se llevan la palma, tanto en la región de Michoacán como en la Sierra Alta (36).

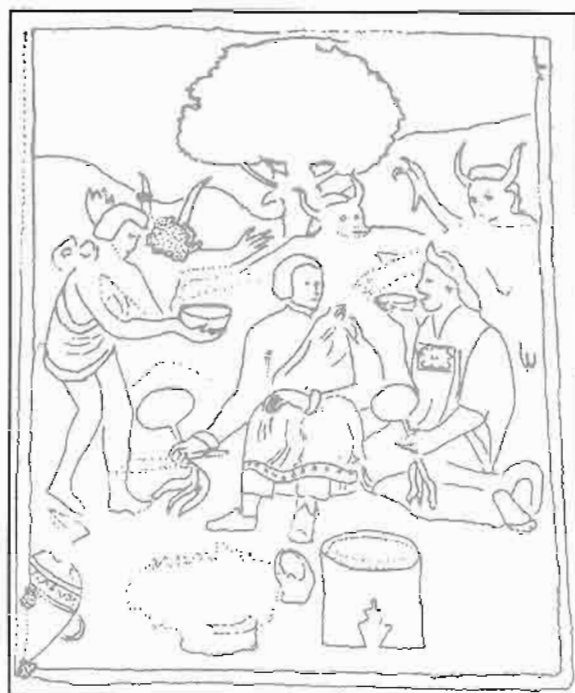


Figura 2. Dibujo de una de las pinturas murales de la capilla de Santa María Xoxoteco. Una pareja bebe jícaras de pulque a la sombra de un árbol. Detrás aparecen los demonios que los incitan al vicio.

LA VIDA COTIDIANA: DIACRONÍA O PERSISTENCIA DEL PASADO

Además del medio geográfico tan hostil como el de la Sierra Alta con su topografía que impedía grandes concentraciones humanas, y los bajos recursos tecnológicos de aquella sociedad, otro elemento a tener en cuenta para concebir la cotidianidad de estos grupos es el proceso de cambio en que se encontraban. El drama de estos hombres no era pequeño, debían abandonar las normas antiguas de la vida social, moral y religiosa, para adoptar nuevas pautas culturales, en esos mismos aspectos, que no comprendían del todo, lo cual colocaba a los naturales en un *impasse* que debían resolver con sus propios medios.

La vida cotidiana en tal situación fue necesariamente sincrética, en mucho debió seguir siendo como era antes de la conquista, y cambiaría hasta que las nuevas costumbres se

arraigaran a través de sucesivas generaciones. Evangelizar -como sabemos- no implicaba sólo enseñar el cristianismo, sino desencadenar todo un proceso de aculturación cuyo fin era incorporar a los indígenas a la cultura Occidental. Al ir aceptando la religión, iban asumiendo, de manera concomitante, y aun inconsciente, una nueva cultura. Sin embargo, las preguntas que, desde el punto de vista del serrano, la nueva cultura dejaba sin resolver o respondían insatisfactoriamente, el indígena las resolvía de acuerdo a su entendimiento. Sobrevivieron así prácticas prehispánicas mezcladas con prácticas cristianas. La relación de 1579 describe tres costumbres que, algo modificadas llegaron hasta nuestro siglo. En la prehispanidad cuando un niño cumplía dos años, acudían con él a la casa del "vecino de más cuenta" y le pedían su nombre para la criatura, y una vez concedido comían todos y quedaban como por "compadres" (37). A mediados del siglo XX, aún era costumbre en la Sierra de Hidalgo, que los padres de un niño le pidieran a una persona que les "regalara" su nombre o su apellido, para bautizar con él a su hijo. También se acostumbraba que para pedir a una doncella en matrimonio los padres del futuro marido llevaran "un gran presente de comida y ropa" a la casa de los presuntos suegros. Estos podían conceder de inmediato, o bien señalar una fecha para entregar a su hija, entonces "hacían otra tornaboda de comida y ropa" (38). Ahora las tomabodas en la Sierra y también en la Huasteca consisten en una segunda fiesta en la casa del novio, a los pocos días después de la boda.

Dentro de sus costumbres funerarias estaba la de incinerar el cadáver de los señores principales y enterrar luego sus cenizas. A los cuatro días "... ofrenda[ba]n la sepultura de sus ordinarias comidas y bebidas, [las] que, después, com[en] los sacerdotes y ministros del templo" (39). En la actualidad la costumbre de hacer ofrendas alimenticias a los difuntos en los primeros días de noviembre, es quizá la festividad pagano-religiosa más importante del año, tanto en la Sierra como en la Huasteca.

Durante el siglo XVI, y no sabemos hasta cuándo, la justicia entre los naturales de Meztitlán se continuó administrando por los jueces indígenas, muestra de ello es el tecpan conocido hoy como "La Tercena", vestigio material de sumo interés.

El avance tecnológico fue muy lento en la sierra hasta hace unos 20 años. Las casas

habitación descritas por los cronistas, hechas de palizada y techo de palma, se seguían construyendo en la segunda mitad del siglo XX. Una primitiva embarcación para cruzar la laguna fue registrada por José Lameiras en 1969 (40). Los pescadores en los ríos o en la laguna se arrojaban al agua en busca de su presa según testigos de hace cuatro décadas. Todo esto nos habla de una mentalidad que se resiste a adoptar cambios en su manera de hacer las cosas. Torquemada habla en general de la austeridad de vida de los serranos y de su "...pobreza voluntaria que no quieren... tener ni poseer más de aquello que les basta para sustentar y pasar la vida..." sin pretender otro fin (41).

Estas formas arcaicas en toda la cultura serrana, debidas al carácter de sus habitantes y a la lejanía y el aislamiento en que han vivido por siglos, nos han hecho reflexionar sobre la diacronía, sobre la no simultaneidad con que se vive cada época histórica en diferentes regiones del país.

Al parecer, la cronología de una región determinada, la marca la distancia física hacia la ciudad de México, ésta es el centro que indica la vanguardia en el acontecer, y a medida que nos alejamos de ese centro transponemos kilómetros y también días, meses, años, en una especie de viaje hacia el pasado. Esta misma relación diacrónica se distingue entre cualquier ciudad o pueblo y su *hinterland* o entorno rural. Aunque evidentemente dicha diacronía no se manifiesta en la totalidad de la vida de una comunidad, sí se puede rastrear en algunos de sus rasgos culturales. La Sierra Alta y la Huasteca han sido regiones proverbialmente mal comunicadas (la carretera asfaltada llegó a la Sierra a principios de los setentas), por lo cual en la cultura de estos poblados se identifican costumbres que en otras partes ya se han perdido. Tales atavismos son una muestra de la vida cotidiana implantada desde el siglo XVI y de la cual sólo nos quedan estos pálidos reflejos.

El tiempo como categoría subjetiva o relativa para el ámbito regional, fue intuido por Ramón López Velarde en estos versos de la "Suave Patria", oigamos:

*Sobre tu capital cada hora vuela
ojerosa y pintada, en carretela;
y en tu provincia, del reloj en vela
que rondan los palomos colipavos,
las campanadas caen como centavos.*

Las costumbres de la vida cotidiana son en gran parte pautas inculcadas por el grupo social, pero la dispersión poblacional de la Sierra provocó que la interacción de individuos entre sí, o con agentes del exterior, fuera escasa. Si a todo esto sumamos la cortedad de recursos económicos, tendremos que el cambio, en cualquier orden de la vida social, será algo dosificado a cuentagotas. El acelerado tic tac de un reloj adquiere un ritmo de adagio, de lento o largo, para caer en dilatados lapsos de silencio. La diacronía de la región serrana se hizo evidente al tiempo de la revolución de Independencia, pues en varios poblados cundió un movimiento contrarrevolucionario que en Meztlán fue encabezado por un cacique indígena. Si las ideas de la ilustración habían permeado a la sociedad criolla y mestiza, para que se difundieran hasta la lejana Sierra Alta era necesario esperar un mayor tiempo.

Las pequeñas iglesias que se construyeron en la región a fines del pasado siglo XIX y principios del XX, concuerdan con la descripción de las "iglesias pajizas" que construyeron los primeros evangelizadores. Si tomamos esto en cuenta podemos asomarnos a la evidencia etnográfica (no a la actual sino a la de hace unos 40 años), como si a través de un brumoso telescopio pudiéramos observar la vida cotidiana del siglo de la conquista.

Para concluir insertamos aquí una escena de la vida cotidiana de los indígenas de aquel tiempo en un mural de Santa María Xoxoteco: una pareja reposa plácidamente a la sombra de algún árbol, mientras sus criados les acercan unas jicaras de refrescante pulque. La indumentaria de los personajes y los objetos que los rodean (un abanico y un brasero) nos entregan un girón de la cotidianeidad del grupo de otomíes y nahuas de estas regiones durante el siglo XVI.

REFERENCIAS

1. Gerhard, Peter, *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*, p.189.
2. Grijalva, Juan de, *Crónica de la orden de N.P.S. Agustín...*, cap. XIX.
3. *Ibid*, lib.I, cap.VIII.
4. Paso y Troncoso, Francisco del, *Papeles de Nueva España*, t. I, p. 146-147.
5. *Ibid*.
6. Estos municipios son: Molango, Calnali, Juárez Hidalgo, Eloxochitlán, Lolotla, el propio Metztlán, Metzquitlán, Tianguistengo, Tlanchinol, Xochicoatlán y Zacualtipán.
7. Torquemada, Juan de, *Morarquía Inidana*, t. I, p. 393.
8. *Ibid*, t. I, p. 123.
9. Citados por Lameiras Olvera, José, *Metztlán, notas para su etnohistoria*, p. 101.
10. Torquemada, Juan de, *op.cit.*, t.I, p.342.
11. Paso y Troncoso, Francisco del, *Papeles de Nueva España*, t.III p.130.
12. *Ibid.*, t.III p.102-103. Se trata de la relación firmada por fray Juan de Vera.
13. Los datos básicos para estas estimaciones fueron tomados de Paso y Troncoso, Francisco del, *op. cit.*, t.I, p.28-201. Cook, Sherburne, F. y Woodrow Borah, *Ensayos sobre historia de la población 3. México y California*, p.26-31.
14. Tomada de INEGI. *X Censo Nacional de Población y Vivienda*. 1980.
15. Acuña, René, ed., *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, t.II, vol.7, p.68.
16. Paso y Troncoso, Francisco del, *op. cit.*, t.I, p. 146-147. Acuña, René, ed. *op. cit.*, t.II, vol.7 p. 71.
17. Acuña, René, ed. *op.cit.* t.II, vol.7 p. 71-72.
18. *Ibid*, t.II, vol.7 p. 71-72.
19. *Ibid*. t.II, vol.7 P. 72.
20. Lameiras Olvera, José, *op. cit.*, p. 109-110.
21. *Ibid*, p. 109-110.
22. Acuña, René, ed. *op. cit.*, t.II, vol.7 p. 73.

23. *Ibid*, t.II, vol.7 p. 74.
24. *Ibid*, t.II, vol.7 p. 73.
25. Gerhard, Peter, *op. cit.*, 190-191.
26. Grijalva, Juan de, *op. cit.*, lib. 1, cap. XXIII.
27. Ricard, Robert, *La conquista espiritual de México*, p. 113.
28. Grijalva, Juan de, *op. cit.*, p. 227.
29. *Ibid.*, p. 226.
30. *Ibid.*, p. 226 y 56.
31. *Ibid.*, p. 227.
32. *Ibid.*, lib. II, cap. VI.
33. *Ibid.*, p. 227-228.
34. *Ibid.*
35. *Ibid.*, lib. I, cap. XXVII.
36. Ricard, Robert, *op. cit.*, p. 270 y 271.
37. Acuña, René, de., *op. cit.*, t.7, vol.2, p.64.
38. *Ibid.*, p.65.
39. *Ibid.*
40. Lameiras Olvera, José, *op.cit.*, p.121 bis.
41. Torquemada, Juan de, *op. cit.*, t.I, p.343.